

LECTURAS NO APLICADAS II

2019

ÍNDICE

DE LO NATURAL, LO SOBRENATURAL Y LA FICCIÓN.....	7
ENEMIGOS, <i>MANUEL MATEUS</i>	9
EL VESTIDO AZUL, <i>ENRIQUE NIETO</i>	13
LA DESAPARICIÓN DE L, <i>ALEJANDRO ESPEJO</i>	16
MARIPOSAS NOCTURNAS, <i>MARÍA F. ARANGO</i>	17
OBJETOS DE VALOR, HUMANOS DEVALUADOS, <i>ALEJANDRO ESPEJO</i>	18
LAS PATAS DEL PEZ MONO, <i>MANUEL MATEUS</i>	21
LOS GUAYULES, <i>ENRIQUE NIETO</i>	27
CUATRO POEMAS Y UNA VERDAD.....	31
NADA DE ESO TIENE QUE VER CONMIGO, <i>MARIA F. ARANGO</i>	33
RESPUESTA, <i>ALEJANDRO RAMÍREZ</i>	34
SIEMPRE EN SILENCIO, <i>MARÍA F. ARANGO</i>	35
VIVE SIN VIVIR EN MÍ, <i>ALEJANDRO RAMÍREZ</i>	37

DE LO NATURAL,
LO SOBRENATURAL
Y LA FICCIÓN

ENEMIGOS

Parece ridículo, pero es cierto: este mundo es muy pequeño para dos personas cuando se odian.

Como el amor que se pudre y da paso al odio: una amistad, un negocio, un pacto roto da luz al enemigo. Así fue. Decidí abandonar mi hogar, trasladarme al extremo más insospechado de la ciudad, cortar todo vínculo con el pasado, cambiar como más puede un hombre su apariencia y sus modos; entonces salía a la calle con gafas oscuras y casi siempre envuelto en una bufanda (si es que fueran muchas las veces que andaba por fuera). Pensé que con tales prevenciones lograría mi espíritu apaciguar sus aguas (Vaya error). Una tarde, tomaba cerveza en un tugurio cuando apareció, observándome del otro lado de la ventana, la figura de mi enemigo. En un principio dudé de lo que mis ojos atestiguan, pero cuando este se quitó los lentes y sonrió mostrando sus asquerosos dientes de inglés, de pronto levantó la cerveza en su mano como si brindara, no me cupo la menor duda que se trataba de él. Tales antros siempre tienen alguna puerta alterna que da a algún callejón de mala muerte, y por ella me escabullí aprovechando la oscuridad viciada de ese sitio; presa del pánico y luego, ganando valor, flaqueé el bar para dar a la calle donde lo había visto hace un instante. Al asomarme, botella en mano y con la firme decisión de luchar, de matar o morir, contra aquel hombre que antaño fue algo más que un hermano para mí, noté que había desaparecido. Con cautela, observé a ambos sentidos de la vía sin encontrar el menor rastro de su presencia; me asomé al bar, estaba

seguro que había entrado en mi búsqueda, pero nada. Fue cuando supuse que me habría seguido por aquella puerta alterna y que me había ganado el paso; inmediatamente pensé que, si me diera por voltear, lo encontraría frente a frente. Todo el valor reunido desapareció de golpe, se me congeló la sangre en las venas, simultáneamente comencé a sudar frío: alguien me respiraba en la nuca. Mi corazón, una estampida de pánico, saltaba en mi pecho, luchaba por salir disparado por mi boca. Sin pensar en más, salí corriendo de allí para siempre.

Encontré un alejado pueblo a duras penas dotado de nombre, lejos de cualquier gusto o fantasía pasada, un lugar a todas luces inaccesible, al cual solo se podía llegar desde L. atravesando un río en lancha y luego por una trocha a mula, eso si no se quiere triplicar el periplo a pie. El casco urbano lo conformaba si acaso unas quince o veinte viviendas, mas yo me instalé en un rancho solariego de bareque y tierra pisada, a unos kilómetros de esa pequeña población. No pasó mucho tiempo para que también en este remoto sitio me encontrara. Me encontraba pescando en el río, ya que temía ir al mercado y ser delatado por algún poblador, así pues, no me relacionaba ni me fiaba de nadie, es más, cualquier necesidad me la procuraba por mis propios medios. Bien, pescaba en un pequeño bote al estilo de Tom Sawyer: recostado sobre mi espalda, con la mirada abierta al cielo, la caña asegurada de reel al remo y la mente despejada. Pensaba que por fin estaba completamente a salvo. Pero, cuando más a salvo me sentía, me pareció oír voces o pasos. Me incorporé observando alrededor sin encontrar nada, supuse que mi imaginación jugaba conmigo, pero me equivocaba. Junto a la cascada, tras una cortina de agua evaporándose en nubes y pequeños arcoíris, sobre un peñón de rocas, lo encontré mirándome y sonriendo. Llevaba una escopeta de caza terciada a la espalda. Yo tomé la mía y disparé dos veces; al tiempo que él hizo lo mismo. Mis balas atravesaron la cortina de agua, pero mi enemigo permaneció allí, de pie, sonriente. Agarré unos cartuchos guardados en mi mochila, pero estos resbalaron de mis

dedos, no sé si mis manos sudaban o la maleta estaba empapada de río. En todo caso, traté de cargar mi escopeta, traté luchar, pero los cartuchos seguían cayendo; miré de nuevo sobre las piedras, a través de la cascada: mi enemigo había desaparecido. El valor por enfrentarlo también desapareció. Comencé a buscar con la mirada entre los arbustos, pues me parecía ver movimientos entre la maleza, sombras, crujidos de ramas. Agarré los remos y remé como un loco ayudado por la corriente hasta pisar tierra, río abajo. De pronto me vi corriendo, corriendo hasta caer y perder el sentido.

Aquí todo se torna confuso para mí. Luego de tomar el dinero y de marcharme del país, esta historia, lejos de terminar, no dejó de repetirse a cuanto lugar llegaba. En principio le tomaba un tiempo hallarme, es cierto, pasaban semanas, meses, incluso años inmerso en una calma aparente; pero sus apariciones se tornaron mucho más frecuentes: como si lo llevara enquistado, lo encontraba en Nueva Delhi, en los cafés parisinos, en las fragatas holandesas, en las costas turcas, en los mercados marroquíes, en todo y cada lugar daba conmigo; no obstante, sigo sin explicarme por qué mi enemigo se mantenía obstinado con perdonarme la vida, siempre estando allí, sonriente, ufano... fue así como llegué a una de las esquinas del mundo. Yo corría, y bajo el peso de las gotas de lluvia escuchaba sus pasos. Esta encrucijada me llevó al borde de un risco, sin salida tal vez, pero con escapatoria. Pisaba la roca húmeda del acantilado, atrás de mí tronaba la violenta vorágine del abismo. Un muro de agua nos separaba, un espejismo... desenfundé mi revólver y apuntándole al pecho, a tiro, le dije: «Esto acaba acá. Es su vida o la mía». La voz se me entrecortaba, observé mi mano que pesaba como plomo y vi que esta temblaba en su resolución. «Ni un paso más», dije (pensé que gritando, pero no, mi voz era apenas un susurro). «No me importa morir, pero si he de irme de este mundo, me iré acompañado». Él apenas reía con su asquerosa boca. Dio un paso y apreté el gatillo. Vi como aquella bala atravesaba su pecho, pero de este no salía sangre, sino que

manaba agua como un dios. Disparé otro par de veces, algunas balas impactaron, otras no. Aquél hombre soltó una carcajada, luego dijo: «Tú no puedes conmigo» y yo le dije «¿Qué no?» y me llevé el cañón a la sien y lo apreté. Tronó el martillo del revólver, un calor iluminó mi cabeza por un instante y pronto me vi cayendo por el precipicio; paralelamente observé a mi enemigo caer con los sesos desechos. Antes de morir él me susurró: «¿Ves?, te dije que no escaparías». Entonces todo oscureció y escuché mis huesos crujir contra las crestas de las rocas y las gotas de lluvia y la furia del mar chocando contra la costa.